









EL SILENCIO Y EL MAR



EL SILENCIO Y EL MAR

ENRIQUE BOTELLA

 editorial
MANKELL

Primera edición: mayo de 2018

© 2018, Enrique Botella

© 2018, Agencia Mankell, por la edición

contacto@agenciamankell.com

agenciamankell.com

Fotografía de portada: Armin Staudt

Impreso en Ingra Impresores

Encuadernado en Encuadernaciones Alicante

ISBN: 978-84-09-00993-0

Depósito Legal: A 211-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de los propietarios del copyright. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida de acuerdo a la ley.





A mi madre,
una superviviente, que me contó algunas
de las historias que he plasmado en un papel.

Para Elena,
por descubrirme el mar y regalármelo con su sonrisa,
cada mañana, junto al café del desayuno.



*La luna estaba en cuarto y en creciente
cuando te vi ya en luna convertida.
Alguien sintió en Tabarca que su herida
lo que siempre fue ayer era presente.*

*Para que amor o eternidad callara
preciso fue que el mundo amaneciera.
El silencio y el mar: Tabarca entera.*

José Albi, «Nocturno en Tabarca»



I

Las flores se van sumergiendo arrastradas por las olas que las llevan y las traen con una suave cadencia y, a veces, parece que van a llegar a rozar mis pies descalzos. Pero, cuando voy a devolverles la caricia con mis dedos, se escapan, hábiles, coqueteando con la espuma del mar, alejándose de la orilla. Aparecen durante unos instantes, bañadas en los reflejos plateados de la luna llena sobre el agua, como mis recuerdos, y vuelven a desaparecer en la negrura de un mar lleno de olvidos. Aunque, antes de que se pierdan definitivamente, consigo atrapar una violeta y retenerla un instante en la palma de la mano, la acerco a mis labios durante un momento y la beso, reteniendo el sabor del salitre y el perfume dulzón de la flor. Después, la vuelvo a depositar con cuidado en el vértice de la ola que acaba de romper en la orilla y la dejo escapar junto a sus compañeras en un viaje infinito, mar adentro.

Me siento en la arena de la pequeña cala y, mientras enciendo un cigarrillo, me dejo acunar por el sonido de las olas y por las volutas de humo que se van formando a mi alrededor. Con la mirada perdida en el horizonte voy siguiendo

las violetas, dejó volar los recuerdos que se quedan flotando envueltos en la humedad de la noche de finales de mayo.

Hacía mucho tiempo que no pisaba las pequeñas piedras de las calas de Tabarca; mucho tiempo que no me sentaba a contemplar el mar.

El dolor de los recuerdos me había impedido volver a la isla y dejarme arrullar por el sonido de las olas. Necesitaba alejarme, que me lo arrebataran. Necesitaba condenarlo al olvido para volver a amarlo y entonces regresar a esta pequeña cala donde todavía sigue sonando el eco de la voz de Gerardo, esa voz profunda que parecía salirle de las entrañas. Es posible que haya vuelto porque ya no quiero olvidar las historias que me contaba; porque forman parte de mí, pese a que las he tenido relegadas al silencio, a dormir en algún rincón oscuro de la memoria.

Quizá, simplemente, he vuelto porque hoy es veinticinco de mayo y es miércoles.

II

Las olas golpeaban con fuerza el casco del viejo pesquero cuando se acercaba a la costa, y minúsculas gotas de agua se clavaban, como diminutas agujas, en mi rostro. Miraba embelesado desde la proa del barco, pero mi encantamiento no estaba provocado por la visión de la inmensidad del mar. Nunca había llegado a comprender la fascinación que le produce a la mayoría de la gente. Todos cuentan que se quedaron hipnotizados la primera vez que apareció ante sus ojos. Quizá para todos ellos era algo extraordinario; para mí, sin embargo, siempre fue algo cotidiano, formaba parte de mi vida. Aprendí a nadar casi antes de dar mis primeros pasos y, siendo solo un crío de ocho años, era capaz de sumergirme y atravesar la isla por las grutas que la traspasaban. Conocía el viento, sabía de memoria los remolinos que se formaban en cada una de las calas de Tabarca. Había nacido en el mar y a él pertenecía.

Apenas conocí a mi padre. Lo recordaba metido en el agua mientras yo revoloteaba a su alrededor moviendo los brazos y las piernas, como hace un cachorro para mantenerse a flote. Durante mucho tiempo no supe casi nada de él. Mi

madre, siempre tan callada, tan temerosa, no quería hablar de su marido muerto, nunca quiso contarme la verdad. Me dijo que murió en el mar, aunque no sabía si era cierto. Siempre imaginé que habría sucedido en un naufragio, cuando una tormenta hizo zozobrar el pesquero en el que trabajaba. Ni siquiera tenía una tumba donde poner unas flores.

Tampoco sabía muchas cosas de mi madre. La recordaba, totalmente vestida de negro, en la bocana del puerto viendo regresar los barcos. No recuerdo haberla visto sonreír jamás, ni poner un pie en la península en su vida. Nunca quiso salir de Tabarca. Allí conoció a mi padre y comenzaron su vida en común. Una vida en la que no había preguntas ni respuestas y en la que mi padre se hacía a la mar y mi madre se limitaba a esperar su regreso. No lo acompañó jamás en sus viajes, nunca quiso salir de aquella casa, de aquella isla en la que se sentía segura. Aun cuando su corazón empezó a dar muestras de un tremendo cansancio, y se veía obligada a guardar largos periodos de reposo, no consintió que la lleváramos al hospital. Sabía que se iba apagando poco a poco, como la llama de una vela casi extinta, y había decidido morir en el único lugar que le era propio. Ni siquiera en el lecho de muerte fue capaz de contarme nada sobre mi padre, ni permitió que nadie me lo contara. Todo estaba cubierto por un velo de silencio que no se atrevían a rasgar, y cuando alguna vez preguntaba qué había sucedido, si mi madre estaba cerca, fruncía el ceño y hacía una mueca con los labios que parecía indicar a los demás que los mantuvieran sellados. Eso resultaba suficiente para que todos miraran para otro lado, ignorándome, mientras me seguía quedando con la incertidumbre rondando por mi cabeza.

Lo único que supe es que una mañana mi padre se despidió de mí, como había hecho tantas otras veces, y lo vi alejarse desde el puerto en un viejo pesquero para no regresar jamás.

Una noche de tormenta, cuando los relámpagos rompían la oscuridad y un fuerte viento sacudía los cimientos de la vieja casa, mi madre abrió los ojos y alargó levemente la mano buscando la mía. Me incorporé desde el sillón que había junto a la mesilla de noche y en el que pasaba todas las veladas, cuidándola, y cuando, al fin, pudo tocar mis dedos, casi en un susurro, que me obligó a acercar la oreja a sus labios, dijo:

—No seas como tu padre. No salgas nunca de la isla. Tu padre murió por salir de la isla.

—¿Qué dice, madre? —la interrogué mirándola a los ojos.

—Si no se hubiera ido... —murmuró exhalando su último aliento, mientras se quedaba con la mirada perdida en el techo y su mano resbalaba inerte sobre mis dedos para quedar sobre la colcha granate que cubría la cama.

Ese día comprendí por qué mi madre no me permitió salir de Tabarca. Tenía miedo de perderme, como le había pasado con su marido. Pensaba que nada malo me podía suceder mientras permaneciera al cobijo del viento de la isla.

Hasta la muerte de mi madre no había salido de la isla más que para trabajar en el pesquero, y siempre con la condición de regresar al atardecer. Tampoco había ido a la escuela, porque a mediados de los años sesenta, cuando era un niño, apenas quedaba gente que viviera allí todo el año. Casi todos se habían marchado hacia la costa, unos a trabajar en la floreciente industria del calzado y otros a seguir dedicándose a la pesca desde Santa Pola, porque la vida en Tabarca era dura. No había electricidad y todo tenían que traerlo de la península en barcos, hasta el agua potable, cuando no llovía lo suficiente como para llenar los aljibes. Solo algunos viejos marineros decidieron permanecer en la isla. Las mujeres se dedicaban a cuidar las casas mientras los hombres se hacían a la mar, con la esperanza de que la pesca fuera bien. Al atardecer, regresaban al puerto como una procesión, mientras las

mujeres aguardaban hasta verlos desembarcar. Mi madre, aunque sabía que su marido había muerto, acudía todas las tardes. Quizá, en el fondo, albergaba la esperanza de verlo aparecer en la proa o, sencillamente, estaba tan acostumbrada a hacerlo que no pudo cambiar la rutina.

Aunque no hubiera ido a la escuela, eso no significó que no estudiase. Gerardo fue mi profesor, y también lo más parecido que tuve a un abuelo. Aprendí todo lo que me podía ser de utilidad; sobre todo, me enseñó muchas cosas que jamás me hubieran enseñado en un colegio de España en los años sesenta. Sin embargo, tampoco había querido decirme cómo murió mi padre, ni nada sobre el origen del apodo con el que todos me conocían desde niño.



20

—¡Llopet! —gritó el patrón desde el puente, dirigiéndose a mí—. ¡Espabila, coño! ¡Que *estem* arribando al puerto! —añadió en una jerga casi ininteligible, mezcla de varias que utilizaba frecuentemente, sin orden ni concierto.

—¡Ya voy! —respondí, saliendo del ensimismamiento y comprobando que estábamos tan cerca de la orilla que podía distinguir hasta las grietas de la torre de la iglesia.



Después de la muerte de mi madre, nada me retenía en la isla. Tenía la imperiosa necesidad de abandonar el lugar donde había pasado toda mi vida y conocer lo que había más allá de los barrotes de agua en que se habían convertido las olas.

Gerardo sabía que no podría retenerme mucho tiempo y que no tendría más remedio que faltar a la promesa que le

había hecho a mi madre. Sabía que, más temprano que tarde, volaría hacia tierra firme.

Al atardecer del mismo día que enterramos a mi madre, me pidió que lo acompañara a una pequeña cala y me hizo asistir a un ritual que había visto infinidad de veces. Abrió la silla plegable y la colocó frente al mar. Se sentó con gesto cansado y dejó vagar la mirada invidente, tras los cristales oscuros de sus gafas, por el sonido de las olas. Después, sacó su pequeña pipa del bolsillo y la fue llenando muy lentamente para dejarla colgada de sus labios durante un instante antes de decidirse a encenderla.

—Joan —dijo de pronto, sobresaltándome un poco al oír mi nombre, un nombre que solo mi madre y Gerardo, de vez en cuando, utilizaban en la isla para referirse a mí—. Sé que estás deseando marcharte y que, si no lo has hecho antes, ha sido por tu madre —añadió, buscando a tientas mi cabeza para acariciarme el pelo—. Y te entiendo... La isla no es lugar para un chico como tú. Tienes que volar libre, conocer otras cosas...

—Me alegro de lo que dices —interrumpí, jugando con la arena entre mis dedos—. Porque pienso marcharme en cuanto pueda.

—Lo sé... Lo sé —dijo Gerardo, asintiendo—. Por eso te he traído aquí. Por eso y porque sé que, una vez salgas de la isla, probablemente, no vuelvas nunca —añadió, haciéndome un gesto con la mano para evitar que lo interrumpiera, sin conseguirlo.

—Sí volveré, Gerardo. Al menos para verte.

—No me interrumpas. Es importante lo que debo decirte —dijo Gerardo, elevando un poco el tono de su voz, normalmente queda y cascada por los años y el humo del tabaco—. Ahora sé que volverás, porque siempre has querido saber lo que le pasó a tu padre y sabes que soy el único que te

lo puede contar —añadió, colocándose otra vez la pipa entre los labios—. Empezaré hoy mismo, pero no te lo contaré todo. De esa manera seguro que lo harás, porque querrás saber cómo continúa la historia...

—No hace falta —volví a interrumpir el soliloquio de Gerardo—. Si te digo que volveré, sabes que así será.

—Sí. Confío en ti —dijo Gerardo, dándome unos golpecitos con la mano sobre el hombro—. Pero, además, tienes que comprometerte a hacerme un último favor...

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, mirándolo y soltando por primera vez toda la arena de mis manos.

—Todavía no es el momento de saberlo —contestó con un tono triste en su voz—. Ahora solo tienes que comprometerte a hacerlo. Sin saber de qué se trata. ¿Estás dispuesto a comprometerte?

—Sabes que sí. Nunca te he negado nada.

—Gracias —dijo Gerardo antes de empezar a contar su historia, como tantas otras veces, sentado frente al mar, con la mirada perdida en un horizonte invisible para él.

III

La primera vez que la vi también fue la primera vez que vi el mar. Quizá por eso lo sigo mirando todos los días, aunque no lo pueda ver y tenga que contentarme con oír el murmullo de sus olas, manteniendo la esperanza de que aparezca, como aquel día, contoneando sus caderas, con el sol a sus espaldas, como una diosa a contraluz. Desde que la conocí, deseé haber sido bendecido con el don de la pintura para poder plasmarla en un lienzo en blanco, dibujarla con un lápiz negro o pintarla con óleos de todos los colores. Pero, como carecía de esa habilidad, me tuve que conformar con hacerle requiebros, envueltos en unos torpes versos, acompañados con los acordes de una vieja guitarra.

23

Apenas había atravesado el umbral de la adolescencia para entrar en la eterna juventud que la acompañó siempre cuando me encontré con su cuerpecito menudo y grácil. Llevaba toda mi vida dando tumbos de un lado a otro, pero nunca me había acercado al mar ni había visto una mujer como ella. En el lugar del que yo venía, las mujeres tenían la piel blanca como la leche y las mejillas sonrosadas por el frío de la estepa. En cambio, su piel era del color del trigo,

resplandeciente, con un brillo aderezado por los rayos de sol y la humedad cercana del mar. Sus ojos oscuros, profundos, destellaban unas chispas de vida que invitaban a asomarse a su alma.

La contemplaba, sentado en la arena, sin poder apartar mis ojos de ella, aunque intentando disimular. Cuando llegó a mi altura sus labios se abrieron levemente, mostrando su sonrisa perfecta.

—¿Eres uno de los cómicos? —preguntó de pronto, con una voz dulce, mientras señalaba el carromato instalado al final de la playa.

—No sabía que en estas tierras las flores hablaran.

—¡Tonto! —dijo, sujetándose la falda con las manos, porque una suave brisa que venía del mar empezaba a levantarla, dejando a la vista el comienzo de sus muslos—. Sí lo eres —añadió, mientras se sentaba a mi lado en la arena.

24

—¿Qué soy? —pregunté con cierta sorna.

—Pues un cómico. ¿A qué sí?

—No. Yo soy un mago —dije, tratando de componer mi mejor sonrisa.

—No te creo.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Asintió con la cabeza mientras yo sacaba una moneda del bolsillo y se la mostraba.

—Ahora vas a coger la moneda y la vas a mantener en la mano cerrada. Luego pondrás tus puños sobre las palmas de las mías —dije, mientras ella cumplía mis instrucciones obedientemente—. Cierra los ojos, concéntrate, y conseguiré que la moneda pase de tu puño a mi mano sin tocarte. ¿De acuerdo?

—¿Y si te sale mal el truco?

—Entonces puedes quedarte la moneda.

Colocó sus puños sobre mis manos abiertas y cerró los ojos sin perder la sonrisa. Fui acercando mis labios a los su-

yos y la besé. Se sobresaltó y abrió la mano, dejando caer la moneda sobre mi palma.

—¡Eso es trampa! —exclamó, riendo—. Has dicho que no ibas a tocarme y me has besado.

—Sí, creo que he perdido la moneda —repuse, soltando una carcajada—. Pero ha merecido la pena.

—No eres un mago. Eres un cómico, como yo decía —dijo, fijando su mirada en las olas.

—Sí, algunos nos llaman cómicos —contesté, mirándola a los ojos—. Otros nos llaman actores y algunos prefieren ni nombrarnos —añadí sin apartar mi vista de ella.

—¿Por qué? —preguntó con una ingenuidad conmovedora.

—Porque para mucha gente no tenemos buena fama. Vamos de un sitio a otro, no tenemos casa ni un trabajo de verdad.

—Pues a mí me encantaría vivir así y no estar siempre aquí —replicó—. Conocer otros sitios, otra gente...

—No creas que hay tanta gente interesante por conocer —dije con cierto sarcasmo—. Además, no puedo imaginar un sitio mejor para estar toda la vida que delante de este mar extraordinario.

—¡Eso lo dices porque has estado en muchos sitios! —me interrumpió, haciendo un mohín con los labios—. Si hubieras vivido aquí toda la vida, como yo, no dirías lo mismo.

—Tampoco ha sido tanto tiempo —tanteé, para averiguar su edad sin preguntarlo directamente.

—Según se mire. Hoy es mi cumpleaños —dijo, exhibiendo una sonrisa que dejaba ver sus dientes lo imprescindible para adivinar una boca que cualquiera desearía besar hasta el infinito—. Cumpló diecinueve.

—Ya sabía que eras una flor de mayo. Déjame adivinar tu nombre. Seguro que es un nombre de flor. ¿Rosa, Azucena, Margarita? —recitaba los nombres de flores que me venían a la cabeza, mientras ella iba negándolos todos entre risas.

—Me llamo Violeta.

Después se hizo un silencio, acunado por el eco de su risa y el sonido del mar. La suave brisa alborotaba sus cabellos. No podía dejar de mirarla: me había quedado colgado del filo de sus labios, balanceándome entre el deseo de besarla y una timidez que me impedía moverme. Tuve que conformarme con seguir contemplándola mientras buscaba, desesperadamente, una frase ingeniosa que consiguiera perpetuar la magia del instante y me permitiera seguir disfrutando de su presencia. Sin embargo, sufría una especie de amnesia verbal y no tuve más remedio que desviar la mirada, buscando inspiración en el vaivén de las olas.

—¿Y tú, cómo te llamas? —quiso saber cuando el silencio parecía haberse adueñado de todo, liberándome de la losa que suponía tener que decir algo.

26 —Me llamo Gerardo —contesté de nuevo con una sonrisa que procuraba ser lo más cautivadora posible—. Estaba pensando que quizá te gustaría venir esta noche a ver la función. Yo te invito, solo tienes que traerte una silla y no hace falta que pagues —añadí sin dejar de mirar la suave curvatura de sus labios y el principio de sus dientes.

—No sé si podré —respondió, desviando la mirada hacia el horizonte y dejando que su mejilla se cubriera por un mechón de su cabello negro, como si de un velo de seda se tratase, hasta que lo apartó con delicadeza—. ¿Hasta cuándo os quedáis aquí? —preguntó, volviendo a mirarme.

—Nos vamos mañana por la mañana. Aprovecharemos la tarde del domingo para actuar en otro sitio.

—Lo intentaré —dijo, levantándose ayudada por una mano que depositó en la arena y que dejó la huella de sus cinco dedos grabada, como una especie de tatuaje—. Ahora tengo que irme —añadió, dibujando una sonrisa que quedó flotando en el ambiente, mientras sacudía con suavidad los

granos de arena que se habían adherido a su falda y se daba la vuelta para empezar a caminar despacio.

Me quedé sentado en la playa y comencé a liar un cigarrillo, sin dejar de observar cómo su figura se recortaba a contraluz y se iba haciendo cada vez más pequeña hasta convertirse en un punto en la lejanía que acabó por difuminarse.

El resto del día, hasta la hora de la función, lo pasé en una nube. Aunque llevaba toda mi vida de un pueblo a otro, porque mis padres eran cómicos y no había conocido más que las telas remendadas y el olor del barniz con el que, una y otra vez, tratábamos de mantener con algo de vida las maderas del decorado; aunque muchas mujeres se habían cruzado en mi camino, algunas para quedarse durante un tiempo —casi siempre breve, porque ese tipo de vida no era fácil de sobrellevar—, nadie había conseguido impresionarme tanto como aquella chiquilla con la que acababa de hablar y nadie consiguió hacerlo durante el resto de mi vida.

La compañía de variedades Arrecife la había fundado mi abuelo. Nunca supe la razón por la que le había puesto ese nombre, porque pasó toda su vida en la meseta castellana y nunca se había acercado al mar. Había sido maestro de escuela en una aldea de La Mancha hasta que un día, según me contó mi padre, había llegado al pueblo una *troupe* de feriantes y se había enamorado perdidamente de una malabarista. No pudo reprimir el deseo de seguir sus pasos, aunque hubiera sido al fin del mundo, y se convirtió en un nómada al unir su destino al de aquella que acabaría convirtiéndose en mi abuela. Los dos juntos fueron transmitiendo a su descendencia los genes de la bohemia hasta que me llegaron multiplicados por los de mi madre, que también venía de una familia de cómicos.

Con el paso del tiempo, aquel grupo de feriantes se fue diluyendo y, cuando solo quedaban mis abuelos al frente del

mismo y sus hijos fueron creciendo, mi abuelo decidió reconvertirlo en una compañía de teatro que se dedicó a representar sainetes y a cantar algunas canciones, en lugar de hacer volantes y cabriolas como había venido haciendo hasta entonces. Así nació Arrecife, casi con el inicio del siglo veinte, solo unos años antes de que yo naciera. Quizá mi padre tuvo mucho que ver en la decisión de cambiar de actividad, ya que se había cruzado en su camino la cantante de un grupo de variedades que deambulaba por los mismos lugares y que acabaría encandilándolo con su magnífica voz de vicetiple. Juntos convencieron a los patriarcas para que unieran los destinos de las compañías al mismo tiempo que el suyo.

Mi abuelo no olvidó nunca que había sido maestro de escuela, y lo primero que hacía con todos los que llegaban a la compañía era enseñar a leer a quienes no sabían. Esa tradición fue heredada por mi padre y después por mí.

28

No solo enseñaba a leer. Intentaba que aprendieran todas aquellas cosas que pudieran ser de utilidad. Lo recuerdo siempre con la pipa colgada de los labios, ladeada hacia la izquierda y repitiendo siempre la misma frase: «No se puede ser libre si no se tienen conocimientos».

Nunca estábamos mucho tiempo en un sitio. No pertenecíamos a ningún lugar y nuestra vida cabía en los carromatos, que servían para todo. Nos transportaban de un lugar a otro, dormíamos entre los cachivaches del decorado cuando no encontramos otro sitio, y durante la función se convertían en el escenario perfecto: un castillo medieval, un prado circundado por un riachuelo de un azul cada vez más desvaído o, simplemente, la sala de estar de un humilde hogar.

Sacábamos el dinero justo para ir malviviendo. Siempre nos movíamos por pequeños pueblos en los que los labradores a duras penas podían desprenderse de la perra chica con la que pagar la entrada. Pero, aun así, durante el tiempo

que vivió mi abuelo, no consintió que nos fuéramos hacia alguna zona donde la incipiente industria permitiera a los obreros desprenderse de alguna moneda mientras tomaban un vaso de vino en la taberna y nos veían actuar. Mi abuelo era muy reacio a abandonar los campos que conocía, y como no había podido cumplir el sueño de debutar en la capital prefería quedarse al abrigo de las gentes del campo con las que sabía conectar perfectamente. Si no podían pagar, nunca faltaba quien compartiera con nosotros un plato de comida caliente. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron tras su muerte. Mi padre, que llevaba varios años llorando la pérdida de mi madre, no tuvo más remedio que tomar las riendas de la compañía, pero su carácter no era tan fuerte y no pudo evitar que el grupo pasara por momentos difíciles. Mi hermana, unos años menor que yo, se fugó un día con un empresario que le prometió hacerla debutar en Madrid e incluso llevarla a «hacer las Américas», como se decía entonces, con una compañía de zarzuela. Nunca volvimos a saber nada de ella. No sé si llegó a debutar en Madrid; si, finalmente, se instaló en la pampa argentina, o si, por el contrario, terminó sus días fregando los platos de una oscura cantina de algún pueblucho de la meseta castellana.

Yo siempre había querido ver el mar, y mi padre no supo negarse ante mi insistencia. No podía imaginar entonces de qué manera iba a marcar el resto de mi vida y cómo, junto al encuentro de aquella mañana de primavera, conseguiría que todo lo que me iba a suceder desde ese momento estuviera ligado al azul del Mediterráneo y a una mujer.

Conforme se acercaba la hora de la función mis nervios se iban acrecentando. En realidad, ni siquiera sabía si la iba a volver a ver o si todo quedaría reducido a un ligero espejismo, producido por la arena de la playa y la firme presencia del sol en su punto álgido.

No había demasiado público, lo cual era bastante frecuente dada la escasez de dinero en aquellos tiempos, por lo que no me costó, en absoluto, verla aparecer, acompañada por un chico poco mayor que ella y que hizo zozobrar la barca de mis sueños al pensar que debía ser su novio.

No podía centrarme en la representación de un sainete —muy del gusto de la época, con historias de celos y maridos burlados— en el que no faltaba alguna que otra cancioncilla, interpretada unas veces por mi prima Carmen con mi acompañamiento a la guitarra, y otras, de forma coral.

Los pocos asistentes se reían a carcajadas que se propagaban con la brisa que venía del mar, pero mis ojos solo estaban pendientes de Violeta y casi no escuchaba los acordes de mi guitarra, ni los cantos, ni siquiera el sonido de las olas al llegar a la orilla. Yo solo escuchaba el eco del recuerdo de su voz en la conversación de la mañana.

30

En un momento de la representación aparecieron unos guardias contoneándose por la playa en dirección al carromato, que ahora servía de escenario. Era muy frecuente que cualquier representante de la autoridad se presentara en las funciones para comprobar que no se lanzaban proclamas subversivas contra el Gobierno. El chico que la acompañaba fue empequeñeciéndose hasta desaparecer entre las sillas que ocupaba el escaso público cuando se acercaron los guardias. En la cara de Violeta se desdibujó la sonrisa y poco a poco fue componiendo un gesto de preocupación. Ni siquiera giró la cabeza hacia el lugar que antes ocupaba el muchacho. Nuestras miradas se cruzaron un instante mientras yo seguía acariciando las cuerdas de la guitarra, y pude ver el miedo reflejado en sus ojos oscuros.

La representación terminó. Unos minutos antes del final, los guardias se fueron de la misma manera que habían

llegado, con los pulgares dentro del cinturón y pavoneándose sin volver la vista atrás. El chico no volvió a aparecer hasta que los espectadores que estaban sentados se levantaron y fueron recogiendo las sillas e iniciando una procesión de regreso a sus casas. Entonces lo volví a ver junto a ella, pero su semblante había cambiado y su rostro se había demacrado por el miedo. Parecía mayor que al principio de la función, como si los años le hubieran llovido encima y hubieran impregnado su cara con la humedad del mar.

Desde las improvisadas bambalinas del carromato pude ver cómo se acercaban hacia la tarima y fui a su encuentro.

—Este es mi hermano Manuel —dijo Violeta nada más llegar a mi altura, señalando al chico, que todavía se sacudía la arena de la pernera de su pantalón.

—¡Hola, Manuel! —saludé, extendiendo mi mano para estrechar la suya, sin poder evitar que una sonrisa apareciera en mis labios al desterrar el fantasma de un posible novio, que había estado flotando en mi mente desde que los vi llegar.

—Hola —respondió él, bajando la cabeza como un animal acechado.

—No quiero ser indiscreto, pero he visto que cuando han llegado los guardias te has escondido. ¿Qué ocurre? —pregunté sin rodeos.

—Mi hermano es de la FAI...

—Un momento —interrumpí—. ¿Qué es eso de la FAI? —volví a preguntar, porque nunca en mi vida había escuchado esa palabra.

—La FAI es un grupo anarquista. Desde que la CNT tuvo que pasar a la clandestinidad, los anarquistas hemos estado muy perseguidos, y hace un par de años se creó la FAI —aclaró Manuel, mirándome por primera vez a los ojos.

—Trabajaba en un almacén de maderas y el otro día, durante la huelga, se enfrentaron con la policía y un esquirol acabó muerto —continuó narrando Violeta.

—Pero yo no lo maté, no tuve nada que ver, ya me había ido cuando sucedió —especificó Manuel, ante mi cara de asombro.

—El caso es que hay un inspector de la policía, un tal Fuentes, que nos conoce desde hace tiempo. Siempre me ha pretendido —añadió Violeta, mientras la sonrisa volvía a aparecer marcando ese hoyuelo en la comisura de sus labios—. Y siempre le he dado calabazas —aclaró, mirándome de forma coqueta—. Esta tarde se ha presentado en casa buscando a Manuel. Menos mal que ha podido salir por el patio y esconderse en el zaguán de la casa de los vecinos. No puede volver y queríamos preguntarte si puede irse con vosotros.

32

No sabía qué responder. Lo que realmente me hubiese gustado es que fuera Violeta la que quisiera unirse a nuestro grupo de cómicos. A eso no hubiera tardado ni un segundo en responder, pero llevarme al hermanito anarquista no era lo que más ilusión me hacía. De todos modos, tampoco quería desairarla, así que opté por una solución intermedia.

—¿Y tú qué vas a hacer? —pregunté, mirándola a esos ojos oscuros que parecían chisporrotear en la noche—. Si te quedas y el tal Fuentes, o como se llame, se entera de que has ayudado a escapar a tu hermano, puedes tener problemas —añadí, mientras Violeta se encogió de hombros.

—Yo no voy a tener problemas —contestó—. No te preocupes —insistió, tratando de tranquilizarme.

—Bueno, tengo que consultarlo con mi padre, que es el jefe de la compañía —dije a continuación—. ¡Esperadme aquí, detrás del carromato, mientras hablo con él!

Violeta posó su mano sobre mi brazo, y eso hizo que se me erizara todo el vello del cuerpo y que esbozara una sonrisa bobalicona de agradecimiento.

Me alejé en dirección hacia donde mi padre estaba sentado al calor de una hoguera, y mientras me acercaba pensé en cuánto se parecía a mi abuelo, con la pipa humeante colgada de su boca y la mirada un poco ausente. Levantó la vista cuando me vio venir y se apartó la pipa ligeramente de los labios, apuntándome con la boquilla y componiendo una especie de cueva con la mano para conservar el calor de la cazoleta. Conocía perfectamente ese gesto. Se lo había visto hacer cada vez que yo me encaprichaba con una chica y le pedía que la dejara acompañarnos. Fueron varias las que pasaron la inspección de la pipa de mi padre, que, aunque se negaba al principio— quizá para demostrar algo de autoridad—, no era capaz de mantener su negativa durante mucho tiempo. Le pasaba igual con todo el mundo. Parecía un ogro y a veces se ponía a gritar como un energúmeno, pero se le iba la fuerza por la boca. Era como una gaseosa que, al quitarle el tapón, salía a borbotones, convertida en espuma, y de pronto se transformaba en un líquido que se deslizaba plácidamente. Sin embargo, en aquella ocasión no se trataba de convencerlo para que una mujer nos acompañara y tener que escuchar la retahíla de costumbre: «¡Cuántas necesitas dejar en el camino!», «No, esta vez me niego», «Porque pasará como siempre. Al final les tomamos cariño y luego nos cuesta un mundo ver cómo se quedan en cualquier pueblo». Ahora tenía que convencerlo para que ayudara a huir de la policía a un muchachito anarquista, que apenas superaba la veintena y parecía recién salido del cascarón. Esto era más serio y nos podía causar muchos problemas. Así que decidí hacerle un gesto con la mano para que no se precipitara y empezara a gritar antes de que le contara la historia.

Me escuchó con atención, con el ceño fruncido y manejando la pipa de forma nerviosa y, cuando terminó, se quedó callado durante unos instantes que aprovechó para vaciar la cazoleta, golpeándola con suavidad contra la pata de la silla en la que estaba sentado. La volvió a llenar inmediatamente y aplastó el tabaco con los dedos antes de encenderla de nuevo.

—Mira, Gerardo —dijo cuando terminó todo el ritual de la pipa—. Nosotros no nos metemos en política, somos cómicos y actuamos para todo el que quiera vernos —añadió, haciéndome un gesto con la mano para que no lo cortara—. Además, eso puede comprometernos y podríamos tener problemas con la policía. No conocemos de nada a ese chico, y si lo encuentran con nosotros también nos detendrán...

—Pero, padre, no se trata de meternos en política. Se trata de ayudar a alguien que tiene problemas. El abuelo siempre decía que había que socorrer a la gente que lo necesitaba. ¿Cree usted que el abuelo habría dejado a ese chico en la estacada? —dije lo más rápido que pude para que mi padre no me interrumpiera y asestándole el golpe definitivo a su resistencia.

Mi padre se colocó la pipa en la comisura de los labios y asintió levemente con la cabeza. Antes de que añadiera nada, me marché corriendo y lo dejé, probablemente, con las ganas de seguir discutiendo el asunto.

Me esperaban escondidos tras el carromato. Conforme me acercaba a ellos, su gesto de interrogación iba creciendo de tal modo que no tuve más remedio que ir asintiendo con la cabeza de forma ostensible para que lo comprendieran. Cuando me acerqué a Violeta, su sonrisa era capaz de iluminar el universo entero. Se colgó de mi cuello y besó mi mejilla. Al sentir su aliento pensé que me iba derretir como un trozo de hielo al que acercas una llama.

Mientras Manuel se quedaba con mi padre, que todavía estaba con el ceño fruncido y la pipa colgando de sus labios, acompañé a Violeta a su casa para recoger algunas ropas de su hermano.

Caminando por unas callejuelas que ascendían tortuosas alejándose del mar, tenía la sensación de que el tiempo pasaba muy deprisa. Quería detener el reloj para seguir disfrutando del tacto de su mano en la mía, que por momentos me elevaba a las alturas hasta tal punto que parecía que flotáramos en la humedad de la noche. Cuando llegamos al portal de una casa medio derruida, refugiándonos tras uno de los muros que aún quedaban en pie, pude sentir su respiración y los latidos de su corazón agitando su pecho para acabar entregados a la pasión de un beso profundo, eterno. Tuve la certeza de estar tocando el cielo con mis dedos y deseé que nuestros cuerpos no volvieran a separarse nunca.

La nube de deseo que seguía envolviéndonos se hizo añicos cuando, al llegar a la esquina de su casa, la voz de un hombre rompió el silencio de la noche, haciendo que toda la magia se desvaneciera de golpe.

—Violeta, no son horas para que una chica ande por la calle, ni siquiera acompañada —dijo la voz, oculta entre las sombras.

Violeta se puso tensa y soltó mi mano instintivamente antes de volver la cabeza en la dirección de la que provenía la voz. El hombre abandonó la penumbra y su silueta se iluminó de forma tenue al pasar por una de las farolas que alumbraba la calle con una luz mortecina.

—Tengo que hablar con tu hermano. ¿Tú no sabrás dónde puedo encontrarlo? —dijo el hombre con una voz nasal y desagradable, mientras se acercaba.

Violeta negó con la cabeza. Yo permanecía sin saber muy bien qué hacer, porque imaginaba que aquel tipo debía ser el

famoso inspector Fuentes. Lo había imaginado mayor, pero no debería de tener más de treinta años. Era alto y enjuto y llevaba un bigotito muy fino que parecía pintado a lápiz y que resaltaba una nariz aguileña.

—¿Y tú? —preguntó, dirigiéndose a mí por primera vez—. ¿Sabes dónde está su hermano Manuel?

—Ni siquiera lo conozco —contesté lacónicamente.

—Él no es de aquí —dijo Violeta, señalándome con la mano—. Es un cómico. He ido a ver la función y, como se ha hecho un poco tarde, me ha acompañado a casa.

Eran más explicaciones de las que yo consideré necesarias.

—¿Así que un cómico? —Fuentes utilizó un tono de ironía y desprecio—. Seguro que, si te pido los papeles, no los tendrás.

Inicié el ademán de meterme la mano en el bolsillo de la chaqueta para buscar mis papeles, pero Fuentes me interrumpió de golpe.

—¡Déjalo! —dijo, haciéndome un signo despreciativo con la mano—. Hoy me habéis pillado de buen humor y no quiero tener que comprobar unos papeles que seguramente serán falsos.

Iba a responder a Fuentes cuando este se dio la vuelta y comenzó a caminar, despacio, hacia la penumbra.

—Violeta, cuando veas a tu hermano, acuérdate de decirle que quiero hablar con él y que, si me obliga a seguir buscándolo y no viene a la prefectura, se arrepentirá. En cuanto al cómico —dijo mientras caminaba, sin volver la vista, antes de perderse definitivamente en las sombras—, estoy seguro de que nos volveremos a ver.

Todavía recuerdo que mientras esperaba que Violeta sacara la ropa de Manuel y algunas viandas, pensaba que no iba a volver a encontrarme al inspector Fuentes nunca más. Pero no sabía entonces hasta qué punto estaba equivocado,

porque ese siniestro personaje, desgraciadamente, volvería a cruzarse en mi vida muchos años después.

Cuando regresó Violeta con un hatillo en las manos no pude evitar atraerla hacia mí y buscar una pequeña zona en penumbra para besarla de nuevo. Ella respondió al contacto de mis labios y permanecimos unos minutos bebiéndonos el aliento a pequeños sorbos, tratando de demorar la despedida.

—¿Por qué no vienes tú también? —sugerí a escasos centímetros de su rostro.

—Ahora no puedo —contestó Violeta, bajando la cabeza y refugiándola en mi pecho—. Mi padre está enfermo y no puedo dejar a mi madre sola, pero sé que regresarás pronto y traerás a Manuel de vuelta. Entonces me iré contigo.

—¿Lo prometes? —pregunté, resistiéndome a separarla de mí.

—Lo juro —respondió ella.